5.^a edición

SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN

Manual para maestros

Celestino Gómez Jaldón
José Andrés Domínguez Gómez

PIRÁMIDE

2. La educación como fenómeno social

Una definición de educación

Si hiciéramos un estudio comparativo de la veintena de definiciones de educación que podemos encontrar en los manuales de pedagogía citados en este tema, nos daríamos cuenta de que, salvadas las distintas perspectivas, hay un substrato común a todas ellas y es que la educación es un *proceso de integración* del individuo en la sociedad.

En ese proceso educativo habrá siempre un educando y un educador. El educando es el niño, al que se presupone puro instinto, alguien que se mueve por fuerzas naturales, cero absoluto en la socialización. El educador es un adulto integrado en una cultura, en una sociedad determinada. Es el que va a utilizar una serie de medios planificados e intencionados para guiar a ese niño, ayudándole para que desarrolle todas sus capacidades de integración en el grupo al que pertenece y en el que ha nacido. *Educación es servir dirigiendo*. El adulto sirve y dirige al niño para conducirle a aquellos comportamientos que, en su sociedad concreta, sean considerados como deseables. Lo «sirve» porque es consciente de que no hay dos niños iguales y que cada uno de ellos precisa de un trato diferencial. El adulto le va a dar a cada niño el trato que mejor corresponda a su forma individual, personal de ser. Y, además de servirlo, *lo dirige*, es decir, el adulto que está integrado en la sociedad, tiene la ciencia y la experiencia social y lleva de la mano –ese es el significado de la palabra *pedagogía*– a un niño, sabiendo el camino por el que lo tiene que llevar.

Por todo esto que venimos diciendo, los conceptos de educación y socialización son sinónimos, al menos en la realidad y salvando las distinciones didácticas que desde la reflexión sobre el fenómeno educativo (Pedagogía) queramos hacer.

Fullat (1979: 11) nos dice que la educación es una práctica, una actividad social, una acción, la acción que, en palabras de Durkheim, ejercen las generaciones adultas sobre las nuevas. Éste, padre de la Sociología de la Educación, da esta definición: «La educación es la acción ejercida por las generaciones adultas sobre aquellas que no han alcanzado todavía el grado de madurez necesario para la vida social. Tiene por objeto el suscitar y desarrollar en el niño un cierto número

de estados físicos, intelectuales y morales que exigen de él tanto la sociedad política en su conjunto como el medio ambiente específico al que está especialmente destinado» (Durkheim, 1990: 53).

De esta definición se siguen una serie de consecuencias que el mismo Durkheim nos deduce y que son de primordial importancia para conocer el fenómeno educativo. La educación consiste, según él, en una socialización metódica de las nuevas generaciones. Hemos dicho antes que el niño a socializar, a educar, es puro instinto. Durkheim prefiere hablar de pura individualidad. Él dice que en nosotros coexisten dos seres. El uno, que está constituido por todos los estados mentales que no se refieren más que a nosotros mismos y a los acontecimientos de nuestra vida privada. Y el otro nuestro *yo social*, compuesto por el sistema de ideas, de sentimientos y costumbres que expresan en nosotros, no nuestra personalidad, sino la del grupo o los grupos diferentes en los que estamos integrados.

Son dos aspectos muy importantes de la realidad educativa: el individual y el social, que necesariamente han de marchar juntos en la praxis educativa. Ferrater Mora (1982: 895) avisa del peligro de que el mismo término *educación* se emplee sólo para designar muy distintos fenómenos de los que se ocupan la psicología o la sociología, sin integración entre ellos.

La educación en la sociedad

En las sociedades primitivas y tradicionales, los niños aprendían directamente de sus padres, amigos, artesanos y hombres de religión lo que necesitaban para integrarse plenamente en la sociedad, que protegía mucho al niño. Aprendían el oficio arriándose a un taller paterno o de cualquier amigo del padre; los más posibilitados económicamente aprendían a leer y escribir, bien de sus padres, bien de los especialistas, religiosos, etc. Todo de manera espontánea, no existía una educación formal. Sí existía, por el contrario, una educación muy diferenciada por sexos. Los niños aprendían las cosas de los hombres, mientras que las niñas eran preparadas inconscientemente para desempeñar un papel femenino que la sociedad le atribuía. Ya explicaremos esto un poco más cuando hablemos de los roles adquiridos y adscritos. Todo se aprendía por imitación.

A medida que la sociedad fue ganando en complejidad por la división del trabajo y los adelantos sociales, la tarea educativa fue pasando de ser algo espontáneo a formalizarse en unas instituciones sociales que se fueron especializando en esta tarea. Son las escuelas, en las que se imparte la educación formal. Como dice Light, «la palabra *formal* es quizás el término clave aquí» (Light, 1991: 493). La escuela, los institutos, las universidades son las organizaciones que tienen la función manifiesta de socializar a los niños. Lo que pasa es que este proceso de integración no se limita a la institución educativa. Vamos a ver ahora que educa y deseduca la sociedad, toda la sociedad, de tal manera que, junto a la educación formal de la que estamos hablando, hay una educación informal. La diferencia principal es que la formal es intencionada, mientras que la informal es espontánea.

Educa o deseduca la sociedad

Lo de educa o deseduca es un punto que escapa a la sociología porque implica una jerarquía de valores, una filosofía de la vida, una antropología que corresponde definir al quehacer filosófico, reflexivo, axiológico, algo que cae fuera de la constatación y estudio de datos, propio del quehacer sociológico. Si venimos diciendo que la educación es un proceso de integración en la sociedad, mediante el cual el niño pasa de «la nada», del puro instinto, al hombre socialmente «perfecto», todos estaremos de acuerdo en el punto de partida: el niño es cero en socialización pero en el punto de llegada no habrá consenso. El hombre perfecto para cada uno será aquel que corresponda con su propia axiología. El hombre educado para un marxista será distinto del que lo es para un freudiano, un cristiano, o un anarquista. Por eso hemos puesto el título de *educa o deseduca la sociedad*. Siempre dependerá de lo que cada cual —individuo o grupo— entienda por hombre perfecto, al que aspira la educación como final del proceso.

Cuando hemos dicho educa o deseduca, queremos decir que es la sociedad la que se encarga de la integración, simplemente. La pedagogía rousseauiana proclamaba el naturalismo educativo. Dejar al niño a sus propias fuerzas naturales como ideal educativo. De hecho el Emilio de Rousseau, el niño del *Libro de la selva* de Kipling, o los célebres niños-lobos de los que todos hemos oído maravillosas o téticas aventuras no dejan de ser o fantasías o medio niños, medio lobos, pero no seres reales.

Lo normal es lo contrario. Hay unos agentes socializadores que rodean al niño en círculos concéntricos de influencia progresiva, de forma que, a más cercano, la influencia será mayor. El más cercano es el círculo familiar, padres y hermanos, cuya acción es decisiva en la integración social del niño. Esta influencia de la familia es, sin lugar a duda, la fundamental. Se atribuye a Napoleón el dicho de que la educación del niño comienza veinte años antes de su nacimiento, es decir, cuando comienza la educación de sus padres. Por otra parte todos tenemos alguna experiencia de la influencia de los hermanos mayores en la socialización de los más pequeños. Nunca estará igual de estimulado un hijo único que un hijo de familia numerosa, en la que cada uno, para poder *sobrevivir*, tiene que espabilarse.

Se educa o deseduca en sociedad

La educación se da en sociedad. En una sociedad determinada. De forma inconsciente, pero eficaz, el grupo va educando al individuo en la aceptación de unas reglas de comportamiento y en el uso de unos artefactos que son los que después va a utilizar de mayor en su vida social (los tenedores nuestros o los palillos chinos). Nos educamos en una cultura determinada. Con la misma agilidad con que un adulto chino maneja sus palillos a la hora de tomarse un plato de arroz, un europeo maneja el tenedor cuando se sienta a la mesa para comerse una chuleta. Y no vale, en este caso decir, «y viceversa», salvo que el chino o europeo de marras haya sido reeducado para hacerlo.

Es frecuente ver en nuestra Andalucía, sea en el Rocío, sea en cualquiera de las fiestas de nuestros más pequeños pueblos, cómo los padres arreglan a los niños

conservan las grandes bibliotecas, arsenal cultural heredado de siglos anteriores. Afortunadamente para nosotros, los hombres y mujeres del siglo XX, contamos con todo el trabajo intelectual que los sabios que nos precedieron nos dejaron amontonados en miles de libros y que a lo largo de los siglos la institución educativa se ha encargado de transmitirnos, quemándose muchas veces los ojos en la penumbra de los monasterios medievales. Nuestros legisladores, por ejemplo, no parten de cero sino que cuentan con los códigos anteriores, desde Hammurabi hasta Napoleón, pasando por todo el derecho romano. Toda esa cultura se ha conservado en torno a instituciones educativas.

La institución educativa prepara al individuo *para* la sociedad. Hoy día vivimos una saludable explosión de ansias de saber en nuestras universidades, que va a dar, está dando *para* la sociedad, una generación de hombres y mujeres preparados para desempeñar mejor las funciones que se les encomiende.

La escuela como agente de cambio social

Si pensamos un poco en la historia del mundo, y más concretamente del mundo occidental en el que vivimos y al que pertenecemos, podemos recordar cómo los grandes avances de la sociedad moderna han ido parejos con la multiplicación de las escuelas. La ciencia y la tecnología han llegado, ahora y siempre, al mundo entero a través de la institución escolar.

Siempre la escuela ha sido motor de cambio en la sociedad. Cuando sólo impartía conocimientos básicos, como era el aprendizaje de las materias instrumentales (leer, escribir, contar y poco más) ya estaba contribuyendo a que esas personas, pudiesen optar por una promoción personal, una movilidad social que les era más fácil. Cuando la escuela y la universidad preparaban élites de dirigentes intelectuales y políticos, estaban contribuyendo al cambio social. Cuando la escuela y la universidad descubren los talentos entre sus alumnos y los promocionan a ocupar puestos de responsabilidad, están contribuyendo al cambio. El status social que cada uno ocupamos nos viene por el trabajo que desempeñamos, por los ingresos que percibimos y, sobre todo, por la educación que tenemos. La educación, pues, conforma el status social de la persona y más que las otras dos, aunque también las otras ayuden a mejorar la posición que el individuo ocupa. Un profesor de universidad es socialmente reconocido porque la sociedad valora su cultura.

También la institución educativa es promotora de cambio cuando se convierte en conciencia crítica de la sociedad. Todos recordamos los movimientos estudiantiles de protesta de mayo del 68 en Francia, de las carreras de los estudiantes españoles delante de los llamados *grises* en los últimos años del anterior régimen o las protestas de los jóvenes universitarios ante el máximo mandatario del país. La función pensante y crítica de la universidad ha sido y será siempre motor de cambio.

La relación sociedad-escuela ha existido siempre. La sociedad induce la necesidad a la institución educativa y ésta, a su vez, intenta dar respuesta al requerimiento planteado. Pensemos, por ejemplo, cómo la demanda de personal técnico preparado en el desarrollo industrial de los últimos cuarenta años en nuestro país supuso un esfuerzo enorme

vistiéndolos de traje flamenco cuando todavía apenas saben andar. O nuestras niñas con el clásico traje de gitana sin que puedan mantenerse en pie. Los pequeños *maman*, casi simultáneamente con el pecho materno, la afición a esas fiestas y el amor al caballo.

«El ambiente social puede concebirse en términos de espacio vital en el cual el niño o el adolescente vive y crece. El concepto de espacio vital envuelve, por lo menos, tres diferentes elementos: espacio físico, los objetos contenidos en este espacio y las personas que habitan en él. Los tres elementos están socialmente definidos y socialmente determinados» (García Hoz, 1978: 184).

Se educa para la sociedad

En otro tema veremos que todas las instituciones tienen o desempeñan unas funciones que, en definitiva, justifican su existencia. Veremos que de esas funciones, unas son manifiestas, patentes, y otras son latentes, implícitas.

Las manifiestas son las finalidades para las que nació esa institución, los objetivos que ha de cumplir, sus propósitos fundacionales y fundamentales. Por ejemplo, si el diccionario define la religión como el conjunto de creencias y prácticas relativas a lo sagrado, será función manifiesta de la religión cuidar de esas creencias y ordenar esas prácticas a través de unos ritos. Y no será función manifiesta de la religión, por ejemplo, el fomentar las relaciones de noviazgo entre los jóvenes, aunque nadie pueda negar que en pocos sitios se inician tantos noviazgos como en los encuentros que se producen con ocasión de la administración de matrimonios o bautizos, aunque la función de «celestina» no sea una función manifiesta de la institución religiosa.

Las latentes son las que se presentan sin preverlas, especie de subproducto no pretendido o, al menos, no buscado. Unas veces apoyan la función principal o manifiesta, otras la contrarrestan y, a veces, son indiferentes.

Ciñiéndonos sólo a las funciones manifiestas, que son las pretendidas, veremos cómo se educa *para* la sociedad.

La finalidad o el objetivo primero de la educación es conseguir «el hombre perfecto». Sea cual sea el concepto que de él tengan los distintos grupos sociales, parece evidente afirmar que la primera función manifiesta de la educación es la perfección del sujeto. Y es la sociedad la que va a dictar a los agentes educadores cuál es el perfil del hombre perfecto buscado, sin que entremos nosotros en la valoración de cuál ha de ser la axiología que defina a ese hombre perfecto. Pero el que educa, educa *para* lo que la sociedad quiere y espera del sistema educativo. Pienso que cuando Margaret Mead pronunció la célebre frase: «Mi abuela quiso que yo tuviera una educación; por eso no me mandó a la escuela» era consciente de que la educación sustitutoria que su abuela le fue impartiendo para que tuviera una buena educación estaba nutrida de los valores que su insigne progenitora había aprendido y escogido de entre los que la sociedad le ofrecía. Y que pretendía hacer de su nieta una persona integrada en la sociedad de su tiempo.

Otra función manifiesta de la educación es la conservación del acervo cultural recibido de nuestros mayores y así vemos cómo en las instituciones educativas se

para preparar a una juventud, hasta entonces dormida en el terreno de la incapacitación profesional. Se multiplicaron por doquier los centros de formación profesional, los cursos del PPO y las llamadas Universidades Laborales. Todo ello ha supuesto un esfuerzo enorme de la institución educativa al servicio de la nueva España. Incluso hoy, ante la realidad de la industrialización y la perentoriedad de atender a las necesidades subsiguientes, los estudios técnico-prácticos, más favorecedores del cambio social, tienen preeminencia sobre los filosófico-culturales. Y, en la misma línea, los estudiantes demandan mucho más las carreras técnicas que ciencias humanas y filosóficas.

Las escuelas de educación de adultos, existentes en muchos de nuestros pueblos, el INBAD y la misma Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), están contribuyendo muy positivamente a la preparación cultural y profesional de los ciudadanos y, desde la cultura, al cambio de la sociedad.

De todas formas no siempre la escuela es promotora del cambio. A veces ha presentado y presenta una resistencia activa o pasiva al mismo. Unas veces porque los profesores prefieren andar por los caminos trillados en vez de buscar la renovación. Otras veces por una concepción elitista o burguesa de la educación en la que se reproducen modelos sociales existentes que aspiran más a mantener el status establecido que a la renovación a que toda vida debe aspirar.

Lo social en la educación

En este punto cabría preguntarse lo contrario. ¿Hay una influencia entre escuela y sociedad que podamos llamar recíproca?. Es decir, ¿hay un *feed-back* continuo entre escuela y sociedad?, ¿o solamente se da la influencia en el sentido que hemos explicado en el segundo punto de este tema: educación-sociedad?.

Respondamos con un rotundo NO a nuestra última pregunta. Hay ciertamente una acción de la escuela para con la sociedad, pero también la sociedad se hace presente en la escuela de múltiples formas. ¿Cómo se hace presente? Veamos.

Si, como dice Philip H. Coombs (1978: 9), estamos ante la más importante industria del país, es lógico pensar que la situación de crisis o de prosperidad que en un momento determinado vive la industria general de un país repercutirá totalmente en la marcha de la *industria educativa*.

Esta influencia de lo económico en la educación no precisa más demostración que dar una mirada al entorno. Durante la última década del pasado siglo XX vivimos, en nuestro país, la implantación progresiva de la Ley General de Ordenación del Sistema Educativo (LOGSE). Haría falta, según los expertos, un billón y medio adicional de pesetas para poner en total funcionamiento lo que esta ley orgánica promueve. Por ejemplo, si queremos dar una enseñanza de calidad, tendremos que rebajar la ratio o relación profesor-alumnos, tendremos que tener unos profesores de apoyo en número muy superior al que actualmente hay, necesitaremos unos profesores volantes que permitan el reciclaje de los que están en servicio sin que se resienta el aula con la ausencia del profesor titular, etc. Y todo esto necesita dinero. Si la situación que vive la sociedad es de dificultad económica grave, por muy

buena voluntad que acompañe a los políticos y por muy elevada concienciación que tengan, evidentemente de donde no hay no se puede sacar, y eso repercute en la vida de la escuela.

Y no se trata de un caso puntual y anecdótico, por muy significativo y esclarecedor que sea. Es una influencia mucho más general y condicionante. El nivel económico, cultural, de demanda social del grupo va a influir totalmente en la configuración de la escuela. Cuando los padres tienen formación, pueden ayudar a los profesores como miembros que son de la comunidad educativa. Cuando la sociedad, en general, tiene inquietudes culturales va a conectar más fácilmente con las iniciativas que partan de las aulas escolares. Cuando el país está desarrollado va a demandar de la institución educativa una preparación superior de sus titulados para responder a las mayores necesidades y exigencias de la sociedad. Es evidente que la sociedad europea, por ejemplo, exige a sus titulados una mayor preparación que la que pueden demandar a los suyos unas sociedades africanas que a duras penas están saliendo de cotas bajísimas de desarrollo económico y social.

Ya hace muchos años que se habla de una escuela sin vallados, permeable a la sociedad. Si es así, y no nos estamos refiriendo a la materialidad del muro, entre escuela y sociedad, entre sociedad y escuela se establecerá un flujo de vida, de influencia, de acción que siempre será renovador y eficaz para que la escuela se haga eco de lo que se vive en la sociedad y, a su vez, la sociedad se sienta interpelada por la reflexión continua que desde la escuela se le hace.